

una relación social tensa, en otras palabras, el contexto histórico y político en el se inscriben estos poemas estuvo marcado por una actitud de intolerancia ideológica y religiosa promovida por la Corona española frente al morisco, quien, sin embargo, tuvo su contraparte ficcional por demás estilizada y modélica en los poemas y novelas de tema morisco. El moro de la vida cotidiana de los siglos de la Reconquista, aquel que es valorado por la comunidad cristiana como un importante elemento de la fuerza productiva de la nación y, a la vez, admirado por su pasado, por su grandeza bélica, por su antigua superioridad técnica y de pensamiento durante la dominación musulmana; también empieza ser visto como el otro, enemigo de la fe y antagonista secular; su trabajo manual y remunerado comienza a ser subestimado. Y en medio de esta compleja red de relaciones sociales que rige la vida de los cristianos y moros durante los siglos XV y XVI, frente a la existencia en común de estos dos grupos dentro del Imperio hispánico, en una convivencia de amor y odio alterada por las distancias religiosas y culturales; se erige la figura idealizada del moro de los romances fronterizos. Esta sublimación literaria, según palabras de López Estrada,

se desorbitó hacia la creación de un mundo esplendente de belleza, en el que aparecían hermosas figuras, de sentimientos conmovidos por una romántica violencia, solo pendientes del amor y de sus combinaciones laberínticas a través de los celos y desdenes; y esto en el marco de los palacios y jardines, escenarios de fiestas y zambras, en tanto que el dogal de la frontera apretaba inexorablemente la vida del reino granadino. (Introducción de El Abencerraje 81)

2.2. Representación moral o psicológica

2.2.1. Valores guerreros: construcción de la figura del héroe

Luego de haber examinado brevemente las figuras literarias que colaboran en la representación física del moro, observaremos ahora el funcionamiento de los recursos poéticos relacionados con la descripción moral o psicológica del personaje. En este ámbito se exalta, sobre todo, las cualidades guerreras del moro, su valentía y gallardía; ensalzamiento que busca construir, a lo largo de los quince poemas, la figura del héroe bélico. Así vemos que hay una alabanza reiterativa del valor de las obras por sobre las riquezas materiales. Por ello, se menciona constantemente que las hazañas otorgan fama, valor más importante que el dinero, pues es preferible un “pobre muy rico” que un “rico muy pobre”, o sea un noble pobre que un rico plebeyo. Podríamos establecer aquí un interesante paralelo de esta situación literaria con el desprecio real que el caballero cristiano mostró por la acumulación de dinero, el comercio y la usura, porque estas prácticas se vinculaban a los judíos. En este sentido, el romance II es muy representativo; en él un yo innominado, hasta el final del poema donde descubrimos que se trata de Gazul, se dirige a un tú (Albenzaide, nuevo esposo de Zaida) y le recrimina la ausencia de cualidades verdaderamente guerreras subestimando sus riquezas puramente materiales.

Y no te precies del oro,
que a tu linage desdoras:
mira que las armas son
de más honra y menos costa,
y que los que no son nobles
con ellas noblezas cobran (11-16)

Considero, pues, que la valoración de las obras y la fama de Gazul en estos romances tiene como fuente, en la tradición literaria hispánica, a los libros de caballería y a los ciclos épicos españoles. Las figuras típicas más representativas que se erigen como modelo de estas tradiciones serían Amadís de Gaula y el Cid o Bernardo del Carpio. Ambos gozan de la admiración y respeto social, al igual que Gazul, no tanto por sus riquezas materiales, sino que su fama se debe, ante todo, al reconocimiento de sus grandes hazañas bélicas y a ciertas virtudes caballerescas como el donaire y la gallardía. Recordemos que el Cid va forjándose como héroe y logra ascender socialmente en la jerarquía nobiliaria a través de un camino que parte de un origen humilde, proviene del pequeño pueblo de Vivar y al comienzo del Poema es solo un infanzón; pero, gracias a sus grandiosas proezas bélicas, a la manifestación continua de su virtud y a la fidelidad que guarda a su rey, el Cid alcanza la cúspide social pues su sangre, como sugiere el final del Poema, termina asociada a la realeza. La superioridad interna del Cid es presentada por El Cantar como una virtud más esencial que la riquezas material externa; su heroicidad se muestra por, como señala Ian Michael, “su honra, la cual depende de sus nuevas, o de la fama de sus hazañas” (45). De la misma manera, en los romances de Gazul, las virtudes combativas son ennoblecidas, mientras que la fortuna material es denigrada. En este sentido, se hace uso de la antítesis como figura literaria que intensifica las diferencias entre Gazul como héroe guerrero y su enemigo, Albenzaide, como un hombre cobarde, rico solo material, pero no espiritualmente. En el romance III, por ejemplo, Gazul prefigura a Zaida un futuro ingrato al lado de Albenzaide con quien no podrá gozar de las honras y bríos que le pudo ofrecer Gazul si ésta hubiera permanecido a su lado. Se contraponen, en una bien lograda escena, el pasado glorioso del que disfrutaban Zaida y Gazul con el triste presente de la mora con su nuevo esposo:

Soledad te ha de causar,
ingrata, el tiempo pasado,
cuando en el presente mires
todas tus glorias en blanco (45-48)

En estos poemas se destaca, además, la fortaleza de Gazul frente a una continua suerte adversa, destino que logra vencer gracias a sus hazañas tanto en el campo épico-guerrero como en el ámbito amoroso. Vemos pues que los quince romances constituyen un largo camino hacia la victoria, meta que es solo alcanzada luego de sortear una serie de obstáculos. Los constantes cambios de suerte responden a un viaje colmado de peripecias que ponen a prueba la tenacidad y fortaleza de Gazul. De este modo, se va construyendo la figura del héroe, según los modelos que aportan las narraciones épicas y los libros de caballerías españolas. En este sentido, es necesario recordar que el típico caballero andante también debe de enfrentar, al igual que Gazul, una serie de óbices que le pone el camino para probar sus cualidades bélicas, al mismo tiempo que, con las victorias obtenidas, acumula las hazañas que le otorgan finalmente la fama; de esta manera, su figura logra trascender el tiempo humano, es decir, su nombre alcanza la inmortalidad tan deseada. El camino representa para el caballero andante, según Cerezo Galán, “la vida a la intemperie, al filo mismo . . . de la adversidad, para combatirla mediante el esfuerzo heroico en el brillo de la fama o en el esplendor de la obra” (62). Por otro lado, también en el Abencerraje - novela de gran influjo en el siglo XVI y modelo de caracterización del moro para los romances fronterizos y de tema morisco - el protagonista es perseguido por un destino hostil que lo margina, primero, de su linaje, y, luego, lo separa de su amada. Sin embargo, justamente cuando Abindarráez logra, mediante sus hazañas ejemplares, trascender este hado adverso, el personaje se

transfigura en héroe cuya virtud está por encima y más allá de la suerte. En otras palabras, son justamente los obstáculos que le impone el destino negativo lo que impulsa al moro a construir su propia heroicidad a través de la fama que le otorgan sus nobles hazañas, es decir, la virtud que se pone a prueba con las dificultades del camino. Si, al comienzo, Abindarráez se había sometido a los designios de la fortuna, luego, como señala Joaquín Gimeno Casalduero, cuando decide entregarse libremente al castellano, se independiza del destino, y es justamente este cambio de actitud el que lo hace dueño de sus actos y “le confiere una proyección heroica” y funciona como “afirmación del heroísmo y de la virtud del personaje” (16-17). Esta misma situación se repite en el caso de Gazul, pues también la suerte le es desfavorable; sin embargo, al igual que Abindarráez, también nuestro moro logrará sortear las pruebas de su arduo viaje hacia la grandeza y la fama. Vemos que la estrella contraria de Gazul es remarcada en varios momentos, sobre todo en los poemas iniciales, a lo largo del ciclo de romances, repetición que enfatiza aún más el ímpetu del moro por vencer su hostil hado, y forjarse, de esta manera, como esforzado héroe⁶:

Desesperado camina
ese moro de Villalva
maldiciendo su ventura,
porque en tal tiempo le falta. (1-4; romance I)

⁶ Habría que añadir, además, que el motivo de la cambiante fortuna era un tópico en boga durante el Siglo de Oro. Si bien, como señala Carmela Zanelli, este tema se puede rastrear claramente en las obras de Dante y de los humanistas italianos, “las relaciones entre Providencia y Fortuna recuerdan el texto de Boecio y son parte fundamental del poema de Mena” (5). La típica imagen de la rueda de la Fortuna como símbolo de las constantes mudanzas de la suerte que mueven la historia y la vida humana fue ilustrada por Juan de Mena, en la copla 2:

Tus casos falaçes, Fortuna, cantamos,
estado de gente que giras e trocas,
tus grandes discordias, tus firmezas pocas,
e los que en tu rueda quexosos fallamos;
fasta que al tiempo de agora vengamos
de fechos pasados cobdiçia mi pluma
e de presentes fazer breve pluma
dé fin Apolo, pues nos començamos.

